

M

Tirada aparte de OCCIDENTE, Junio 1949

11 (403 - 3)

PEDRO PRADO, PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

El 13 de Mayo de 1949 se galardonó con el Premio Nacional de Literatura al autor de "Alsino", Pedro Prado. Las biografías que confeccionaron los diarios recordaban que está vecino a los 63 años, que tiene treinta y cuatro nietos y que además de novelista, poeta, ensayista y cuentista, es arquitecto, pintor y agricultor. Todo ello es verdad. Veamos entre tanto las condiciones en que se le otorgó esa recompensa.

El Premio Nacional de Literatura se está distribuyendo en Chile desde 1941 y lo han recibido ya, antes de Prado, los siguientes escritores: Augusto d'Halmar, Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Pablo Neruda, Eduardo Barrios, Samuel A. Lillo y Angel Cruchaga Santa María. A excepción de algún nombre que suene poco, es notorio que se ha perseguido con él premiar una vida entera de trabajo, la obra completa de un escritor, una línea de conducta en la cual el amor a las letras resalte lo suficiente como para que a quien la sostenga pueda llamarsele "escritor profesional", aun cuando de esto último haya poco en Chile. En efecto, país de cinco millones de habitantes, con escaso nivel cultural medio y con más reducido nivel económico, no es Chile el paraíso de las letras. La literatura aquí no da para vivir, y el que alguna vez se haya hecho la ilusión de que daba, habrá tenido el más amargo de los despertares.

Prado comenzó su tarea de creador cuando dió a luz en 1908 el breve libro titulado "Flores de Cardo". A la altura en que se le entrega el Premio Nacional cuenta, pues, algo más de cuarenta años de trabajo asiduo, constante, empeñoso inclusive. El epíteto "empeñoso" no suele cuadrar bien a los creadores de la belleza escrita, y hay quienes lo entienden en forma peyorativa. Vamos explicándonos. Es empeñoso, en el mejor sentido de la palabra, aquel escritor que ensaya un camino y otro, que busca diferentes formas, que no teme desorientar a sus lectores si está intimamente persuadido de que a la larga podrá conquistarlos. Y es éste precisamente el caso de nuestro artista. Como se irá viendo más adelante, ha intentado varios caminos y no se ha sentido jamás tan contento de su labor de creador como para privarse de atisbar una pista nueva. Sin ser un "snob", porque jamás lo ha sido, ha tenido, sin em-

bargo, la curiosidad de otear horizontes nuevos conforme una ley de curiosidad jamás en él derogada.

La obra de Prado abarca muchos títulos desde 1908 hasta la fecha, pero algunos de los libros que la componen son de contenido más bien breve. Y ello se explica fácilmente. Ha tendido de preferencia a la parábola y al poema en prosa, composiciones que por excelencia han de ser de corto trecho, y más tarde, en otra etapa de su labor, ha optado en el verso por el soneto, que con la rigidez de su estructura no permite sino las más rápidas estancias. La excepción en esta norma general de brevedad son las novelas, "Alsino", "Un juez rural", "La Reina de Rapa Nui", que citamos precisamente en el orden decreciente de su volumen.

Fuera de ello, ha escrito poco en revistas y diarios, y desde luego jamás ha sido periodista. Es verdad que fundó "Los Diez", pero lo es también que la revista duró poco debido tal vez a que era demasiado fina y escogida para el ambiente general de Chile. Fué un tiempo colaborador de "La Nación" de Buenos Aires, y en algunos periódicos de Chile y del extranjero podrá el paciente bibliógrafo encontrar páginas hasta hoy no recogidas. En todo caso, el caudal sustancial de sus obras publicadas en forma de libro basta para caracterizarlo como escritor continuo y constante.

Pertenece Prado a una familia espiritual particularísima. Es como Cervantes, Dostoyevski, Larra y Proust, hijo de médico. Su padre, don Absalón Prado, se tituló en 1877, participó en la guerra del Pacífico y llegó a ser jefe del Hospital de San Vicente de Paul, cargo que desempeñaba a su muerte. Su madre, doña Laura Calvo Mackenna, murió muy joven y dejó a su hijo como único. El poeta, siendo estudiante, vivía en el propio hospital, y fueron sus amigos y guías en aquellos años difíciles de formación, no sólo adultos sino adultos de una especie poco habitual como compañeros de la infancia. A pesar de la arrebatada admiración que sentía por su padre, no procuró ser médico y prefirió la arquitectura. Tenía facilidades para dibujar y aun para esculpir, y el arte de construir vino a ser el ensueño mágico de su juventud.

No lo ha realizado, sin embargo, sino a medias, ya que no son sus obras arquitectónicas, más bien escasas, las que van a recordarle entre los hombres. Pintor a ratos perdidos, lo mejor que de allí ha sacado no son las telas que llevan su firma (aun cuando los entendidos las elogien y las busquen), sino las amistades que logró formar junto al caballete. La más excelsa prende al nombre de Prado el de otro chileno ilustre, Juan Francisco González, y la más menuda como calidad pictórica el de un verdadero par suyo en el dominio de las letras, Manuel Magallanes Moure. Prado realizó durante muchos años un viaje casi cotidiano, en ciertas estaciones del año, y particularmente durante el otoño, hacia las playas de la provincia de Santiago, hacia las quebradas cordilleranas próximas

y hacia los propios arrabales de la ciudad, en busca de paisajes y de manchas de color. Sus compañeros eran tanto González como Magallanes.

Y mientras el pintor pintaba, el escritor se iba charla que charla, enhebrando cuentos e historias, acotando detalles del camino, en una divagación que podía inclusive parecer la fluencia jamás interrumpida del monólogo interno. Los amigos se fueron, primero Magallanes, arrebatado en plena juventud, después González, muerto en franca vejez, y Prado se quedó más solo. En elogio del viejo maestro, el poeta dijo estas palabras:

"La conversación de González era chispeante y embriagadora como un buen vino viejo. Al oírlo, pronto caíamos en el olvido de todo lo presente, comenzaban a abrirse extrañas perspectivas, y un regocijo insólito nos entregaba de una charla exaltada a los más ardientes propósitos, y de ellos al goce único de la labor real. Un verdadero maestro sabe embriagarnos con nuestro propio trabajo. Encendía cuanto tocaba, y las cosas, al quedar iluminadas, acababan por rodearnos con el fulgor de una fiesta".

La amistad de Magallanes y de Prado es de aquellas tan íntimas, tan estrechas, que mejor sería llamarla "hermandad" lisa y llana. Se veían prácticamente todos los días, aun cuando Prado vive en un arrabal de Santiago muy distante de la plácida aldea de San Bernardo que fué la residencia casi permanente del autor de "La casa junto al mar". Juntos exhibieron sus telas de aficionados en una exposición organizada bajo el rubro de Los X; juntos estuvieron a lo largo de la aventura de esta revista. Se entendían con el silencio lo mismo que con las palabras, y a veces mejor que con éstas.

"Manuel es, sin duda alguna, el único hombre humilde que he conocido en mi vida —nos ha dicho Prado—. No creía en su obra, no confiaba en sí mismo. Tenía la seguridad de que sus versos eran algo mediocre, pequeño, sin valor trascendente. No era ésta una postura suya, sino un sentimiento íntimo inalienable. Cuando se publicó en Costa Rica su "Florilegio", yo escribí unas cuantas líneas para presentarlo al público extranjero. Se las leí en su casa, en San Bernardo, y me sorprendió mucho, al terminar, su silencio. "¿No te gustan?" —le pregunté. Entonces él me respondió: "¿Tú crees en eso que has escrito?". "Claro que sí" —le dije. "Cuando lo leías —terminó—, yo creí que te estabas refiriendo a otro". (Entrevista con Prado sobre Magallanes).

Pedro Prado ha traído al ambiente literario y artístico de Chile la nota de la delicadeza en el trato, de la afabilidad, del buen gusto. Una nota sobria y delicada de amistad, que sirve para poner en relieve constantemente la dimensión humana. No se le ve en todas partes, ni le justa demasiado juntar a los hombres. Prefiere más bien ir a verlos él en su propio ambiente, conversarles por el teléfono, escribirles de cuando en cuando jugosas cartas. Pero estas cartas no siempre llegan a quien

están destinadas, porque el poeta, satisfecha la necesidad de expresarse, suele olvidarlas en el escritorio, entre papeles y libros, hasta que la oportunidad se marchita y no se atreve a despacharlas...

A la altura de los sesenta y tantos años, después de más de ocho lustros de carrera literaria, ¿cuál es el mejor título de Prado, cuál por lo menos el que más le satisface? Ninguno que conozca el público, desde luego. Hace meses viene hablando a sus amigos de un poema que tratará la vida de Lázaro, la breve muerte, la resurrección, para plantear después de aquellos precisos antecedentes, la extraña e incomprensible suerte de existencia que ha debido llevar en el mundo el único hombre que pudo desasirse de la compañía de los muertos, tema que viene ocupándole de mucho tiempo a esta parte. En los años iniciales ya escribió un breve poema dedicado a aquel hombre:

*“¿Quién me llama?” Y Lázaro, saliendo de la tumba,
miró a Jesús y lo comprendió todo.
“¿Eres tú, ¡oh sol!, el que alumbras?
¿Eres tú, o todo es un sueño? María,
mi hermana! Marta, hermana mía!...”*

De entonces acá la concepción que el poeta tiene de Lázaro y de su portentosa aventura ha cambiado no poco. En el poema que está surgiendo y a cuya elaboración, en cierto modo, hemos asistido a lo largo de numerosas conversaciones, se buscará la manera de que Lázaro sea un símbolo completo de ciertos destinos humanos. A la muerte seguirá la resurrección más o menos como a la noche sigue el día, esto es: renacimiento universal, fuerza creciente que se expande por la tierra y por los cielos, júbilo del universo entero por la nueva ración de luz que se le otorga para que prosiga la faena.

Y fuera de la quimera de lo que no ha escrito, tiene Prado —si no interpretamos mal sus palabras y sus indicaciones de ayer y de hoy— gran debilidad por “Alsino”, por lo mucho que simboliza el amor del arte que encumbra a los hombres desde la tierra nutricia hasta el cielo tachonado de estrellas. También hay cierta debilidad en él por tal o cual soneto de los que ha venido publicando en manojos que definen su obra más reciente. De los libros antiguos, debe preferir sin duda “Los Diez”, rastro de la más bella aventura de su vida, y algunas páginas sueltas de parábolas y poemas en prosa que no en balde fueron el ejercicio más socorrido en los años juveniles. Pero ¡no se le crea un Narciso que contempla con deleite su imagen en aquellas aguas ya quietas! Le agradaría infinitamente corregir, tachar, podar, refundir inclusive lo que una vez escribió, en busca de una perfección que no halla.

Hace algunos meses trabajé intensamente con él para escoger de sus versos una antología que diera rápidamente al lector la visión panorámica de su obra en la nueva etapa. Mil escrúpulos lo hacían vacilar. Descubría en el soneto al parecer perfecto, una leve mancha (acaso no más que la sombra de una mancha imaginaria), y lo quitaba por algunos días del manojito que yo estaba agavillando. Una tarde llego a su casa y me encuentro que ha distribuido las hojas con los versos en una mesa de billa del segundo piso. El arquitecto que hay en él había descubierto que así, como si fuera un plano, era más fácil no tanto leer lo que los versos dicen, como trazar imaginarias líneas de contacto entre unos y otros, de composiciones dispersas. Y allí dimos término a la labor. El libro que de ella ha resultado, "Las estancias del amor", habrá de subrayar cuán vivo está en el mundo de la poesía este nuevo Premio Nacional de Literatura.

Pero, dirá a todo esto el lector inquieto, ¿qué es al fin Pedro Prado? ¿Cuál es su obra? ¿Qué significan sus libros? De su obra hemos mencionado ya algunos títulos, y no es necesario citarlos todos para producir el convencimiento de que es varia, extensa, profunda, tanto por lo menos como exquisita. Vamos a ver si logramos señalar algo de lo que significan sus libros.

En medio de la perversión actual del arte, va siendo difícil hacer prevalecer la noción de que sin selección es él imposible. Hay quienes, a fuerza de oír en la llamada "poesía nueva" sólo el graznido y de cuando en cuando algún improprio, declaran periclitados para siempre, vestigios de un difunto pasado, la palabra delicada y justa, el concepto claro, agudo y feliz. Hay otros que han dado vuelta la espalda con gesto franco y decidido, tal vez irrevocable, al discurso coherente, y que prefieren por lo tanto el alarido inconexo, cuando no también la interjección soez. Debe confesarse que en un ambiente tal el arte de Prado está vecino a parecernos o extraño a nuestros hábitos cotidianos o fuera ya del tiempo que nos rodea. Esta última dimensión de tiempo es la que nos interesa remover.

"Alsino", por ejemplo, no tiene fecha, aun cuando por tal o cual uso o giro de lengua se le pudiera adscribir o al año en que se le escribió o a otros inmediatamente anteriores. Y no tiene fecha, porque los símbolos no la tienen, ni las obras que los reflejan, ni los autores que los transportan al cuadro o al libro. Es muy posible que hoy no haya en el mundo entero un escultor que trate la materia entregada a su cincel con un estilo parecido al de Miguel Ángel. No por eso ha perdido permanencia, imperio sobre nuestras almas, embeleso de los sentidos y del corazón, el recio Moisés en su mármol vibrante.

Es perfectamente verosímil, por otra parte, que en el mismo tiempo

en que Goethe escribía sus obras, hubiese en Alemania muchos otros escritores que supiesen rendir con mayor eficacia la nota vernácula. Como novelistas, cuentistas y poetas del terruño, deben ser de primera categoría. Pero hay en el arte una región más pura y encumbrada a la cual se asoman muy de tarde en tarde los creadores de la belleza escrita. Es la región de los símbolos y de los arquetipos. Shakespeare y Cervantes la visitaron, y tal vez por eso sus nombres nos aparecen hoy aureolados de imperecedera grandeza. El ser que se transporta a la obra de arte reúne caracteres de tantos seres similares, que pasa a tomársele como un denominador común para sus hermanos menores que ruedan por la vida. Del hombre manirroto, afecto a empresas visiblemente superiores a sus fuerzas, que todo lo da por defender la verdad ofendida y la pureza en asedio, se dice hace tiempo que es un "Quijote". ¿No llegará acaso el día en que, por lo menos dentro del imperio de la lengua española, se diga que es "un Alsino" aquel sujeto que se empeña en volar sin alas, y que de tanto volar consigue que le crezcan?

Y además de la grandeza del símbolo, hay en "Alsino" algunos bellísimos cánticos en prosa, descripciones de la naturaleza llenas de brío y personajes episódicos que interesa conocer y que divierten. Por los cánticos, por otra parte, "Alsino" se acerca a algunos de los otros libros del autor.

No da el espacio de que disponemos para intentar una antología de lo mejor que se halla en la obra del poeta, pero se nos permitirá citar algo para que el lector, meditando, se acerque al tema que le hemos propuesto. Debe insistirse, por lo demás, en que Prado es poeta aun cuando algunos de sus creaciones no estén vertidas en verso, sino en prosa: ejemplo claro de que no es el verso indispensable para la creación poética. Le gustan las breves y sintéticas definiciones:

A la tierra la veo, al agua la gusto, al viento lo escucho y lo palpo. Sólo el tiempo, más fluido, se escapa; él es como un viento en el viento. (LA TIERRA).

Otras veces, el poema en prosa florece rápido cual una saeta, epigrama de luz instantánea:

*Mi amor era tan puro y diáfano, que tú no lo veías.
¿Qué hacer?, me dije. Y lo enturbié. (KAREZ-Y-ROSHAN).*

Pero el paso lento habrá de permitir al autor, en otra parte de su obra, rendir una nota más grave y más profunda. Léase esta descripción:

Al llegar a la cisterna, llena en otro tiempo de agua, en donde se reflejaban las nubes y el cielo cambiantes, oí cantar, allá en la

negra oscuridad, interminables letanias a los sapos. Para ellos, ahora era noche, siempre noche; sólo los rayos perpendiculares del sol de mediodía, en mitad del estio, iluminaban por un segundo el fondo tenebroso. El mismo año de mi partida, el último horrible terremoto que había derruido parte de la torre y arrojado lejos siete de las campanas, varió también el curso de las aguas subterráneas, y desde entonces la cisterna era como una hueca torre invertida, abierta hacia las entrañas de la tierra. Los sapos eran sus campanas. Imaginé que, después de tantos años, serían blancos y ciegos, con gargantas henchidas y poderosas que les permitiesen cantar sin descanso noche y día, de un estio a otro, con sólo el sosiego de aquel único rayo de sol que, por un segundo, una vez al año, resbalaba como una moneda de oro para iluminar esa agua profunda. (LOS DIEZ).

La emoción del ritmo musical que es capaz de ofrecernos el poeta va más lejos todavía, en ese mismo libro, al cual por esto solo bien podríamos calificar de privilegiado. Se ha oído ya cantar a los sapos; ahora serán las campanas de la imaginaria torre de Los Diez las que nos sacudirán con sus tañidos:

Comenzamos a voltear las campanas. Al asomarse a los ventanucos, en cada extremo del vaivén caían los badajos, y las campanas arrojaban afuera, mezclados a las palomas que huían, los tañidos broncos, graves, cálidos, trémulos o cristalinos.

En el interior de la torre hueca, los ecos se perseguían y las piedras, a su empuje, temblaban dejando caer trozos de argamasa.

Un torrente de vibraciones ascendía por la torre como por el tubo de un órgano. Nosotros cuidábamos de no dejarnos llevar por la embriaguez y volar como hojas desprendidas en ese torbellino.

(LOS DIEZ).

No es, sin embargo, lo más frecuente en Prado este describir escenas imaginarias, aunque embelesen. Mayor familiaridad muestra con las parábolas, en las cuales hay siempre una enseñanza contenida, y merecen justacelebridad los poemas dedicados a los niños en que el poeta sigue con atenta mirada los meandros psicológicos de la infancia, sin duda a través de la observación acuciosa de la edad pueril por la cual atravesaron sus nueve hijos.

Por una paradoja no poco común entre escritores, y particularmente entre poetas, en "Flores de Cardo" no asomaba una posesión satisfactoria del ritmo, y fué fácil a los críticos decir que esos versos, si lo eran, carecían de valor melódico. Pero no es vana la obra del minuto, a

que se refería Rubén Darío, y al cabo de algún tiempo fué precisamente el dominio del ritmo de la prosa lo que constituía la excelencia de Prado. En el camino fueron quedando la parábola y la novela, el ensayo y el pequeño poema en prosa, creaciones todas henchidas de belleza melódica, no menos que de contenido filosófico y de sugerencia psicológica y moral.

Prado es un ardiente viajero de la realidad y de la fantasía, y tal vez más de ésta que de aquélla. Hay un poema en prosa suyo que podría serle aplicable. Cuenta el poeta haberse distraído cuando niño en los preparativos de un viaje. Una silla tendida en el suelo era la diligencia, y el minúsculo viajero estaba equipándose para una larga y turbadora caminata cuales las de Don Quijote en Clavileño. Algunos de los viajes de Prado han sido como los de Xavier de Maistre en torno a su escritorio, y no son los peores. El término siempre fué el mismo: el jardín de las Hespérides. Y a su regreso el poeta nos ha ofrecido en una bandeja de plata cincelada la naranja dulce, el ácido níspero, la piña que es cofre de ambrosía, el dátil breve y la granada rutilante. Todos, como se puede observar, presentes de las Mil y una Noches en nuestra grisácea Beocia.

Un día el poeta quiso definirse y escribió: "Yo tal vez nada sepa fuera de mis entusiasmos; pero los entusiasmos forman una ciencia". Su vida es toda ella una serie de entusiasmos nobles, puros, altos. En alas de un entusiasmo, dueño ya del ritmo, quiso el poeta hacer sonetos, y llenó docenas de cuadernos de ellos. La forma no siempre obedecía; el marco de los catorce versos resultaba estrecho a veces. Pero no importa. Como los "entusiasmos forman una ciencia", llegó un instante en que comenzaron los sonetos a nacer perfectos, dignos de forma, elevadísimos de concepto y algunos tan doloridos como la vida misma que trasuntan. "Camino de las horas", "Otoño en las dunas", "Esta bella ciudad envenenada" y "No más que una rosa" son los títulos de este nuevo viaje de retorno del jardín de las Hespérides, la renovada vestidura del poeta, la flecha en el blanco a que el autor puede confiar sin sombra de duda la inmortalidad literaria en la lengua castellana. El que no crea, medite sólo este pequeño fragmento:

*Cuando ahora tranquilo te diviso,
sonriendo digo, iluminado el ceño:
"A esa mujer mi corazón la quito;
en ella tuve, como un hijo, un sueño".*

(ESTA BELLA CIUDAD...)

De los libros de Prado en su conjunto, a estas alturas de los cuarenta años de fervor poético, podría decirse que revelan el alma de un poeta que ha hurgado en sí mismo sin piedad, pero también sin encono.

Descubrió que en su espíritu se anida el alma de una vieja raza, y se dejó dominar por todas las curiosidades nobles, que de ella le venían como atavismos. Asomado al cristal de su ventana miraba el poeta una noche el jardín húmedo de su residencia otoñal, y en ese espejo se divisó él, en contorno, diseñado contra la luz de la estancia, y vió su cara y su cuerpo cruzados por caminos de grava y poblados de reflejos de lluvia en las hojas de los arbustos, de botones en flor y hasta de claros pétalos. (La casa abandonada). Si hay poeta en Chile que haya cantado ex abundantia cordis, él es Prado, que jamás ha sido avaro de los secretos de su fantasía y que sigue curvado en el surco, labrando y labrando el fecundo huerto. Las estaciones pasan, las modas van y vienen, el poeta permanece allí mismo en el sitio de siempre, aureolado de ritmos y de lampos de luz.

Salvo que nos mueva pasión invencible, habremos de aceptar, en fin, que es su obra el reflejo sincero de su propia existencia, una como suma de todas las experiencias que ofrece la vida cuando es vivida en plenitud. De los viajes, de las andanzas, de conversaciones interminables con los amigos, ha extraído algunas parvas gotas para elaborar su elixir, y aun cuando las enseñanzas recogidas pudieran parecer al pronto heteróclitas por ser de las que entrega el azar de los días, el espíritu ordenador del poeta las ha reducido a sentido, norma y estructura. Nótese que es un arquitecto el que levanta aquel alcázar, un padre de familia el que arrulla al hijo que quiere dormir, un poeta de tono profundo el que canta. Y se convendrá tal vez con nosotros en que el espíritu chileno, antes apocado y tímido, aspira hoy, por la voz de Pedro Prado, a la universalidad del arte.

RAUL SILVA CASTRO

Santiago, 28 de Mayo de 1949.

BREVE ANTOLOGIA

OTOÑO

La buena tristeza de mi sabiduría me dice que el otoño es más hermoso que la alegre primavera.

En el árbol él hace de cada hoja una flor encendida; en el viento las hojas las convierte en livianas y frívolas mariposas; en los rayos del sol, en flámulas brillantes.

Tú, hombre entristecido, cruza esta alameda de otoño, para que las hojas que te ofrezco crujan como seda bajo tus pasos y te recuerden las mujeres amadas.

Yo haré por que otras hojas rocen tu frente y te finjan caricias o pensamientos perdidos.

En un rincón, donde el viento nada puede, se han reunido las hojas del lecho que te ofrezco.

Reposa en él y sabrás que es blando y tibio, como el lecho de una mujer joven que hubiese dejado entre las hojas el olor de sus cabellos.

Reposa en él; así verás más cómodamente el alto y claro cielo que rara vez contemplas, y es posible que duermas y que sueñes; porque el aroma de las hojas secas se parece al perfume de la sabiduría.

CANCION

¡Duerme, hijo mío; duerme!

Así, en mis brazos, acurrucado como un pajarillo. Mis brazos son como ramas aparentes para sustentar un nido; mi pecho, firme y enhiesto, como tronco de un árbol; y el murmullo de mi canción, como viento de la noche sonando entre las hojas.

¡Duerme, hijo mío; duerme!

En el día, como vives ansioso de libertad, si mis brazos te retienen un instante, pesan para ti como una cadena. Siempre tienes prisa, siempre! Tus besos sólo rozan mi frente; tus manos insinúan una caricia, se acercan y desisten. Tu alegría nace cuando vuelves a tus saltos y carreras. Tu alegría nace al dejarme, hijo mío!

¡Duerme, duerme, que todo es sombra en torno nuestro!

Tu cuerpo pesa como un pájaro herido, y el ligero calor que des- pide es más suave que el roce de la brisa. En el día, cuando por un momento estás serio y me oyes, escuchas a la vez mil otras voces que yo no distingo. Conversas con todos los objetos familiares, y sabe Dios qué historias te cuentan que tu alegría vuelve. Cuando atiendes a lo que ellos te dicen y me dejas, tu alegría vuelve, hijo mío!

Duerme, duerme, que todo ruido ha cesado. Es la hora en que los muebles crujen; la hora en que los grillos cantan, desde algún rincón, ocultos.

Tu cuerpo es como un regalo que llevo y que traigo. Y voy y vuelvo infatigable como aquel peregrino que no encontró a nadie digno de recibir su ofrenda.

Hijo mío, eres indiferente para conmigo y a ti me ofrezco. Pero mi loca insistencia logra, a veces, que parte de mi amor sea por ti acep- tada. ¡Entonces mi alegría nace! Cuando tú aceptas algo siquiera de mi vida continua, mi alegría nace, hijo mío!

En el día me huyes. Un día me huirás por largo tiempo. En la noche te acercas. ¡Una noche llegará en que estaremos unidos para siempre!

LA DESPEDIDA

¡Mis amigos, adiós! Aguardan los remeros con sus remos levan- tados, y ya el barco despliega su velamen como si los altos mástiles flo- recieran.

Viajar: placer y tristeza. Quisiera ir y quedarme; quisiera hacer y no hacer al mismo tiempo.

Es triste: a la elección llamamos libertad. Mi libertad no quisiera verse obligada a elegir un camino; mi libertad quisiera recorrerlos todos a un mismo tiempo.

Si pudiera hacer y no hacer una acción, tendría una experiencia útil. Como no puedo optar sino entre ejecutarla o no, mi experiencia vale bien poca cosa.

Mi ser es uno y quisiera desdoblarse. Quisiera observar desde lejos qué silueta dibuja mi cuerpo, y saber si, cuando lloro, yo también pa- rezco un miserable.

¡Mis amigos, adiós! Mientras tengamos que elegir no podremos ser felices.

¡Ah! si yo pudiera, como los niños curiosos, escogería todo a la vez. Escogería la vida y la muerte.

Quién sabe si ello no os serviría, pues si comprendiera que con

mi revelación iba a trocar vuestra inquietud en dolor irremediable, yo no diría nada, nada!

¡Mis amigos, adiós! Cuidad de los míos. Ya el barco, con todas las hermosas velas desplegadas, me aguarda.

SONETOS

Convaleciente, con mi herida abierta,
 recibo el sol en lánguido desgano;
 clama una voz en la mansión desierta,
 y el eco débil la devuelve en vano.
 Atruenan golpes la cerrada puerta
 y los dejo sonar, y no me afano;
 ya vuelve aquella voz, y queda alerta;
 retornan golpes de invisible mano.
 No espero ni deseo compañía;
 no sonrío anhelante ni desdengo;
 se mece mi alma, sin saber, vacía;
 no vivo en la vigilia, ni en el sueño.
 Me veo de mí mismo tan lejano,
 que no me busco; ¡buscaría en vano!

Eres toda la escala y melodía,
 el enlace de vidas musicales:
 eres hija y amiga, hermana mía,
 y esposa con dulzuras maternas.
 Todo el gran prisma del amor resumes:
 mujeres y mujeres tú escondías;
 de cánticos, matices y perfumes
 siempre llenas mis noches y mis días.
 Te amo, porque eres dulce y eres grave;
 por ese tu trabajo en alegría;
 y porque, como aquel que todo sabe,
 sin preguntar tu corazón sufría.
 Trinidad sin posible semejanza,
 ¡oh, mi ayer, mi presente y mi esperanza!

Tanto fuiste deseo, y hoy, recuerdo;
 tan ligera pasaras por mi lado,
 que dudo sin saber si te he alcanzado,
 pues te alcanzo en el sitio en que te pierdo.

Carne de ensueño y alma de sonrisa,
mujer, entre mujeres. ilusoria;
en tu día fugaz, cabe mi historia;
como una estrella, mi alma te divisa.

Tú cruzaste, dejando las miradas
de tus ojos mortales, desprendidas,
y, engañado, mi amor cree encendidas

esas luces de estrellas apagadas.
En luminosa irrealidad perenne,
tu amor, ya muerto, siempre viene y viene.

Cuando llegue a su término mi historia
y contemple el extenso panorama,
desierto lo veré de breve fama
que ya nadie retiene en su memoria.

Mi orgulloso saber, ya sin objeto,
y sin sentido, inútil, mi riqueza;
de todo cuanto fui, sólo sujeto
a la fidelidad de mi tristeza.

Mi luz extinta en el amor perdido,
los amigos lejanos y dispersos,
y otoño que se inicia, irán mis versos
cayendo hacia la sombra y el olvido.
Desnudo ante el misterio que ya empieza,
tendré sólo a mi lado la tristeza.

Ningún dolor te cuesta esa belleza;
nada esa clara luz que de ti fluye;
cuanto llevas, adquiere tu pureza;
amedrentado como sombra huye

el pensamiento bajo, que enmudece.
Toda tristeza esboza una sonrisa;
en todo pecho Amor se exalta y crece;
los corazones laten más aprisa.

Y tú lo ignoras; asombrada miras
el estupor que nace cuando llegas;
sonríes, callas, pasas y suspiras,

y a las miradas ávidas te entregas.
El impalpable roce te querella,
y en ansiedad de ausencia estás más bella.

Las nubes de opulenta arquitectura,
que el cielo del otoño, azul, decoran,
son cambiantes castillos donde moran
imposibles anhelos de ventura.

Inmensas moles, sin igual blancura,
solemnes torres que en el sol se doran,
inefables matices que coloran
altos valles, azules de dulzura,

a vosotros eleva el peregrino,
sus ojos de la tierra fatigados,
bregando por hallar algún camino

que vaya, entre esos montes exatasiados,
al castillo de ensueños donde vive
la imposible ventura que concibe.

LA ROSA BLANCA

La flor secreta de un amor escondo
en el oscuro pozo de mi vida;
es una rosa blanca suspendida
en agua de tiniebla, en lo más hondo.

A su silencio, con dolor respondo;
cae en ella mi lágrima perdida;
la rosa del amor queda encendida
refulgendo purísima en el fondo.

Nadie la escucha, pero canta suave;
nadie la observa, pero brilla pura.
Como el reflejo del volar de un ave
hasta la estrella de la noche oscura
baja a mi pozo, y por mi rosa sabe
beber belleza en aguas de amargura.

LA ROSA REVELADA

Si tú supieras lo que buscas tanto,
si no ignorase lo que tanto anhelo,
ni tú tendrías desespero y llanto
ni yo dudara del azul del cielo.

Los dos sentimos que nos cubre un velo;
pero ahora ese velo sí levanto,
ambos sabemos que termina el duelo
ante un misterio prodigioso y santo.

Algo agoniza, y al morir transido,
surge de la invisible sepultura
la rosa del amor que, hacia el olvido,

en el eterno olvido siempre dura.
Más allá del amor hemos vivido,
allí donde el amor se transfigura.